

Mario Mendoza



La
hora
de los
lobos

Mario Mendoza



La
hora
de los
lobos

 Planeta

Hay personas que llegan a la vida por la puerta grande. Bien por ellos. Los felicito. Otros entran por las puertas laterales. Genial, tienen también un futuro asegurado. Un tercer bando hace presencia desde las puertas de atrás, las del servicio. *Okey*, buena suerte con esa lucha obrera, muchachos. Y está el último bando: los que venimos del sótano, los que nos arrastramos por las cañerías. En esa fauna subterránea hay un poco de todo: alimañas, cucarachas y ratas hambrientas. Yo no pertenecía a los insectos porque asistía al colegio e intentaba aprender. Era un roedor que se movía silenciosamente en la oscuridad esperando su oportunidad.

Nosotros vivíamos en una calle de casas tristes del barrio Marruecos. Nos decían los morocos y desde niño me sentí atraído por ese nombre. Del otro lado del mundo, en pleno desierto, estaba ese país y esos ciudadanos con turbantes que todavía montaban en camello. De este lado, enclavados en las montañas de Los Andes, estábamos nosotros, los otros marroquíes, con nuestras calles sin pavimentar y nuestros perros muertos de hambre echados en los andenes.

Mi padre se llamaba Maximiliano, Maximiliano Guerrero, pero todos le decíamos Max. Trabajaba en una fábrica de cerveza y en el año 1999, cuando yo apenas contaba con nueve años

de edad, él y sus compañeros entraron en huelga. El sindicato decidió que no había otra opción sino parar la fábrica y presionar a las directivas para mejorar los sueldos, las primas, las bonificaciones, las horas extra y las nocturnas. El viejo y sus compañeros se la pasaban hablando de la huelga desde la mañana hasta la noche. No tenían otro tema. Yo llegaba del colegio y ellos siempre estaban machacando la misma cantaleta: que si cederían o no, que ya estaban a punto de firmar el pliego de peticiones, que había un rumor que decía que el sindicato estaba infiltrado. ¿Quién sería el sapo? Tenían que tener cuidado con cualquier cosa que hablaran porque el espía podía ser uno de ellos.

Mi madre permanecía en una silla de ruedas porque había quedado paralítica por un accidente en el trabajo cuando yo acababa de cumplir los cinco años. Estaba en un almacén trepada sobre una escalera y de repente se vino abajo y quedó estampillada contra el suelo. Nadie se dio cuenta. Ella nunca supo cuántos minutos estuvo ahí tendida, inconsciente. Cuando una compañera suya la encontró pidió ayuda y la llevaron en una ambulancia para la clínica. No había nada que hacer, se había roto tres vértebras cervicales y la médula estaba comprometida. Los médicos le dijeron que agradeciera que iba a poder mover los brazos y las manos. Para una persona rica eso hubiera sido una tragedia. Para una persona como nosotros significaba más de lo mismo. Mi vieja logró conseguir una silla de ruedas y entabló la demanda correspondiente para que el almacén le pagara una indemnización. Sobra decir que los dueños de ese lugar enredaron el proceso y la plata nunca llegó. La resignación era nuestra única opción.

A veces las compañeras de ella la llamaban y le daban esperanza diciéndole que tenían noticias de la demanda y que ya casi iba a salir el dinero. Le decían que la jueza era una mujer

como ellas, una mujer trabajadora, y que fallaría a favor de mi mamá, que se llamaba Yordana Sastoque Rubio. Mentira: nunca llamaron del juzgado y el dinero se esfumó en el aire.

Así era mi casa: se vivía de humo, de falsas esperanzas, de ilusiones que eran nuestro único sostén.

Yo asistía a un instituto de sacerdotes salesianos que permitían que estudiara en sus aulas a cambio de que mi mamá cosiera y arreglara toda la ropa de cama del colegio. No solo vivían en esa gigantesca edificación los curas, sino también varios muchachos que estaban internos y que venían de todos los rincones del país. Mi vieja se la pasaba en una máquina de coser arreglando manteles, sábanas y fundas que luego las directivas mandaban recoger en una camioneta destartalada. Unos vecinos le ayudaron a adaptar la máquina para que ella no tuviera que usar los pedales.

Recuerdo que un día Rómulo, el mejor amigo de mi padre, llegó sudando a la casa y le dijo apenas entró:

—No van a firmar, Max, nos van a joder.

—No puede ser —dijo mi viejo con el ceño fruncido—. Están contra las cuerdas.

—Los que estamos contra las cuerdas somos nosotros. Solo vine a decirle que tenga cuidado, hermano.

Y salió de afán, como si lo estuvieran persiguiendo.

La noche que cambió mi vida para siempre fue el 2 de diciembre del año 1999. Estábamos a pocos días del cruce de milenio. Mi padre venía caminando solo por una subida empinada que desembocaba justo en la calle donde quedaba nuestra casa, cuando de pronto se dio cuenta de que lo estaban siguiendo dos siluetas que intentaban camuflarse entre las sombras. Apretó el paso, pero los hombres hicieron lo mismo y no le dieron tiempo de alcanzar a timbrar en la casa de unos vecinos. Supongo que iba a pedir ayuda, que les iba a decir que lo dejaran

refugiarse allí mientras pasaba el peligro. Los dos sicarios dispararon sus armas y dejaron a mi viejo tendido en el suelo. Fueron cinco balazos certeros, uno de ellos justo en el corazón. Luego huyeron despavoridos ladera abajo.

Max se murió de inmediato. No sé qué se le habrá cruzado por su cabeza en ese momento. No sé si se acordaría de mí, Bruno, su único hijo. No puedo decir que fuéramos unidos y que tuviéramos una relación estrecha. Pero tampoco puedo mentir afirmando que era un bribón, un borracho y un mujeriego. No, era un obrero rutinario y decente. Nunca nos golpeó ni a mi mamá ni a mí. Si acaso se bebía dos o tres cervezas en las tiendas del barrio y enseguida se iba para la casa a echarse en el sofá durante horas a escuchar en un tocadiscos de los años ochenta las viejas canciones de la Fania All-Stars. También era adicto a los noticieros tanto de radio como de televisión. No sé si la huelga de la fábrica le generaba ansiedad y por eso se la pasaba horas enteras viendo y escuchando las noticias con la esperanza de que anunciaran, de una vez por todas, el fin del paro y la firma del pliego de peticiones de los trabajadores.

Tuve que pedir cuadra por cuadra una contribución para poder enterrar a mi papá. No me daba vergüenza timbrar en la casa de mis vecinos y explicar que no teníamos plata para comprar el ataúd ni para las honras fúnebres. Lo que me molestaba era que me dejaran ahí parado como un idiota y que ni siquiera se dignaran a abrirme la puerta.

Los sacerdotes salesianos, finalmente, se ofrecieron a construir un ataúd en la carpintería del colegio y dijeron que ellos podían decir unas palabras en su nombre en la misa de las seis de la mañana. Así se hizo y los compañeros de mi viejo no se presentaron porque decían que los dueños de la fábrica tomarían fotos para luego eliminarlos a ellos uno por uno. Fuimos solo mi madre, dos curas del colegio y yo.

El problema era que no teníamos cómo cremarlo ni enterrarlo. No teníamos plata para eso. Un conocido de mi mamá que trabajaba para la Secretaría de Salud nos colaboró y se lo llevaron para enterrarlo en una fosa común como si fuera un indigente, un indocumentado, un NN.

—No importa, él ya no está en ese cuerpo —decía mi madre con seguridad—. Eso es solo el envoltorio.

El sindicato no nos ayudó en nada y los amigos de mi viejo no volvieron a visitarnos tampoco. Ni siquiera nos dieron el pésame. Por eso no me dolió en absoluto lo que vino a continuación.

Una semana después del crimen de mi padre entraron a la casa de Rómulo, su mejor amigo, y lo decapitaron dejando en su habitación un baño de sangre. Su esposa y sus hijos acababan de salir para la plaza de mercado. Se notaba que lo tenían fichado y que conocían sus horarios a la perfección. El espectáculo fue terrible porque Rómulo vivía en la parte baja del barrio, como a unas diez calles de nosotros, y todo el mundo se metió en su casa a mirar el cadáver.

Por eso a nadie se le hizo raro que al día siguiente un periódico amarillista de la ciudad titulara en su primera página: *Descabezado en su propia cama*. Y ahí, en una fotografía a todo color, estaba el tronco de Rómulo bañado en sangre y la cabeza apoyada sobre el estómago. ¿Quién había sacado esa foto y la había vendido? Nunca lo supimos. Pudo haber sido cualquiera de los chismosos que habían entrado a ver el espectáculo. La esposa de Rómulo, que era empleada del servicio doméstico al norte de la ciudad, tuvo que multiplicar sus esfuerzos para poder sostener a la familia ella sola.

Los trabajadores de la fábrica se rindieron, firmaron un documento redactado por las directivas en el cual se comprometían a no volver a entrar en huelga si recibían su sueldo en

regla, se olvidaron del pliego de peticiones, agacharon la cabeza y regresaron a sus puestos de trabajo.

En la casa solo quedamos mi madre y yo. Se sentía el silencio, el vacío que había dejado Max. Ya no se oían las canciones de Celia Cruz ni de Héctor Lavoe. Lo más difícil de procesar para mí fue el hecho de que me quedó una sensación que me acompaña hasta el día de hoy: la muerte se me pegó al cuerpo, la empecé a sentir cercana, algo que en cualquier momento me iba a suceder a mí. No sé cómo explicarlo correctamente: para vivir, sobre todo de niño y de joven, hay que olvidarse de la enfermedad y la muerte. Esos son temas de ancianos porque la tienen cerca, porque es inminente. Pero un joven que tiene toda la vida por delante no es justo que sienta que se va a morir y que es posible que lo haga pronto: mañana, esta noche, ya mismo.

Pues bien, a mí me sucedía que me imaginaba todos los días que me iba a morir. Podía ser en un accidente de tránsito, cruzando una calle, por una enfermedad mortal que me aparecería de un día para otro, o incluso creía que los sicarios de mi papá vendrían también por mí y me dispararían en cualquier lugar cuando yo menos lo esperara: en el parque, en la calle, en la tienda cuando estuviera comprando los víveres para mi casa. Uf, era duro, para qué. Me quedé calladito y no le conté a nadie lo que me ocurría, pero desde ese momento en adelante la muerte fue una compañera de ruta, una presencia cercana.

Por esos días una pregunta quedó flotando en el barrio: ¿quién diablos decapitó a Rómulo? Se sabía que los duros de la fábrica habían decidido enviarles a los trabajadores del sindicato un mensaje contundente: o dejan de joder con sus exigencias o los eliminamos uno a uno. Clarísimo. Y el mensaje fue captado enseguida y todos, sin excepción, firmaron y se reintegraron sin rechistar. Pero la pregunta continuaba: ¿a quién se le había ocurrido decapitar? ¿A los jefes? ¿A los sicarios? ¿Y cómo

lo hicieron? ¿Con un serrucho, un machete o una motosierra? Era una pregunta tesa. Los jóvenes del barrio nos la pasábamos discutiendo distintas hipótesis e imaginando la escena de mil maneras. Hasta que Alexis, uno de los futbolistas del barrio que jugaba ya en las ligas menores del Distrito, dijo una noche con una seguridad pasmosa:

—Fueron Los Ninjas. Esos *manes* usan espadas.

Una tarde venía del colegio caminando solo con mi maleta al hombro cuando de pronto Benjamín Barrientos, alias Bebé (BB) por sus iniciales, frenó su moto en seco junto a mí y me entregó una bolsa de más o menos un kilo mientras me decía:

—Esconda esto en su maleta, pelao. Luego paso por ella. Pilas, Bruno, yo veré.

—Sisas —dije sin pensarlo.

Abrí la maleta de afán y escondí el encargo. Bebé parqueó su moto en el parque y a los pocos segundos llegó una patrulla de la Policía, lo pusieron contra un muro y lo raquetearon de arriba abajo. No le encontraron nada. Yo miraba desde lejos con otros vecinos y silbábamos a los tombos para fastidiarlos. Luego revisaron los alrededores pensando que él había arrojado el paquete cerca o que lo había escondido en alguno de los arbustos, pero nada, él estaba limpio y tuvieron que dejarlo ir. Yo seguí caminando como si nada, tranquilo, y luego en la casa escondí la bolsa debajo de mi colchón.

Al día siguiente, en las horas de la tarde, a la salida del colegio, Bebé me estaba esperando en su moto y me dijo:

—¿Lo guardó?

Asentí un poco asustado. Él suspiró aliviado y me dijo sonriendo:

—¿En su casa?

Volví a asentir. Bebé me ordenó:

—Venga, suba. Yo lo llevo.

Me subí en su moto y llegamos a mi casa en cinco minutos. Saqué la bolsa y se la entregué. Estaba dentro de otra bolsa de Supermercados La Rebaja. Él me preguntó:

—¿Qué es esto?

—La metí dentro de otra bolsa para que nadie sospeche nada —dije yo en voz baja.

Bebé se sonrió y afirmó tocándome el pelo amigablemente:

—Es muy pilo, sardino. Necesito gente como usted. Luego le paso la comisión por la vuelta.

Y arrancó la moto y se fue. Mi mamá no se había dado cuenta de nada porque se la pasaba al fondo de la casa sentada todo el día en su máquina de coser Singer. Escuchaba una y otra vez el mismo casete en una grabadora vieja: los *Grandes Éxitos* de Mercedes Sosa. Yo me quedé callado porque sabía perfectamente que ella me prohibiría meterme con Bebé, que ya tenía fama de andar en negocios sucios con otros malandros de los barrios vecinos.

Al día siguiente, en las horas de la noche, estaba jugando microfútbol en el parque cuando llegó él y me hizo señas para que me acercara. Obedecí y entonces sacó unos cuantos billetes y me dijo:

—Gracias, *bro*. Lo hizo muy bien. Me gustaría que siguiéramos haciendo *business* juntos.

Asentí y nos dimos la mano. Metí la plata en el bolsillo del bluyín y volví a la cancha a jugar micro. Uno de mis compañeros de equipo me preguntó:

—¿Ese era Bebé?

—Sí.

—¿Y qué hacías con ese *man*?

—Somos llaverías.

A partir de ese momento me empezaron a mirar distinto tanto en el barrio como en el colegio. Me trataban con más respeto, no se metían conmigo ni me hacían bromas pesadas. Era como si midieran cada palabra. A mí esa sensación me gustó. Los que ya tenían quince o dieciséis años pasaban de largo sin empujarme, sin decirme frases idiotas ni levantarme la voz. Supe enseguida que se trataba de miedo, miedo a ese joven de diecinueve o veinte años que andaba en su moto con un fierro escondido entre el pantalón.

Con la plata de mi primer negocio compré en La Rebaja vegetales, arroz, lentejas, panela, papa y unas cuantas latas de atún. Mi mamá me preguntó apenas me vio entrar con las dos bolsas de mercado:

—¿Qué traes ahí?

—Cosas para la casa.

—¿Y de dónde sacaste la plata?

—A veces ayudo en el supermercado a empacar y me dejan propinas.

A mi mamá se le aguaron los ojos. Yo rematé diciendo:

—No es mucho, pero alcanza para completar el mercado.

—Dios me bendijo con un hijo maravilloso —aseguró ella mirando hacia el cielo. Y puso en la grabadora *Gracias a la vida*, el himno de Mercedes Sosa, y lo tarareó dichosa y sonriente: *Gracias a la vida, que me ha dado tanto...*

Una semana después, Bebé volvió a contactarme y me propuso:

—Necesito que recoja algo, sardino. Estoy muy boleteado y la tomba se enamoró de mí. Me siguen a todas partes y no me dejan respirar.

—*Listones* —dije yo sin amedrentarme.

—Solo es recoger la merca y ya. Va con su maleta del colegio,

normal, como si nada, timbra, le entregan un paquete igual al anterior, lo guarda entre sus libros y se va para su casa. Yo lo busco allá.

Asentí. Él me dijo:

—Venga, suba, le voy a mostrar la casa.

Nos fuimos a toda velocidad hasta un taller de mecánica desde el cual podíamos mirar hacia abajo, hacia unas calles que estaban del otro lado del barrio. Bebé me indicó una casa y me dijo:

—¿Ve la casa pintada de amarillo? Esa. Solo dice que va de parte mía y listo. Mete el paquete en su morral y se lo lleva para su casa. Esta noche yo lo contacto allá.

—¿A qué hora? Mi mamá se acuesta temprano.

—Fresco, yo le caigo tipo ocho. Seguro ella estará viendo la novela.

Se refería a *Yo soy Betty, la fea*, una telenovela que tenía los índices de audiencia más altos. La gente veía el noticiero a las siete en punto y a las ocho estaba muy pendiente del nuevo capítulo de *Betty*.

Pocos minutos más tarde yo estaba timbrando en la casa pintada de amarillo. Un tipo sin dientes y con la cara llena de acné me preguntó:

—¿Qué onda?

—Vengo de parte de Bebé.

—¿Cómo se llama?

—Bruno.

—Espere ahí.

A los pocos segundos el hombre me entregó un paquete rectangular. Yo lo metí en mi morral y me fui caminando tranquilo, sin afanarme. No sentía miedo de ninguna clase. Pensaba que, en caso de que me mataran por llevar mercancía prohibida, se acabaría todo de una vez y me iría a ese lugar desconocido

donde estaba Max esperándome. No era un mal plan. Por eso me daba lo mismo y no me afanaba ni me ponía nervioso.

Cuando llegué a mi casa lo metí debajo del colchón, como la vez anterior. A las ocho en punto, cuando mi mamá estaba muy pendiente de *Betty*, yo salí a la calle y me senté en el andén frente a mi casa. Bebé llegó a las ocho y cinco minutos. Entré, traje el paquete y se lo entregué.

—¿Todo bien?

—*Simón*.

—¿No le preguntaron nada?

Negué con la cabeza. Él volvió a sonreírse y me dijo:

—Ahora somos parceros. En estos días le paso sus *lukas*.

Y se fue. Yo me entré a ver la novela con mi mamá. A mí también me gustaba *Betty*. Ella pertenecía al bando de los feos, como nosotros.

Debo aclarar que la ausencia de Max no me afectó mayor cosa. Extrañaba verlo en el sofá escuchando o viendo las noticias en la tele, pero recuerdo que no lloré en ningún momento, no me entristecí ni mis estudios se vieron afectados. Lo único fue esa extraña sensación de tener la certeza de que me iba a morir.

Mi mamá estaba todo el día en la casa cosiendo y arreglando prendas de los curas, pero de vez en cuando tenía que acompañarla a exámenes médicos. El problema en esos casos era cargar la silla de ruedas, ayudarla a subir al carro, estar pendiente de que ella no se fuera a caer al piso. Como yo no podía bajar por las calles sosteniendo la silla, teníamos que pedirle el favor a un vecino que era taxista y pagarle las carreras de ida y vuelta hasta el hospital.

Por eso sentí mucho alivio cuando Bebé apareció de nuevo a la salida del colegio y me dijo en una calle cercana, en un rincón donde nadie nos estuviera observando:

—Tome, esta vez es más billete porque se arriesgó más —y me entregó un fajo de billetes.

Escondí la plata entre los cuadernos y él se sonrió y me dijo:

—Luego lo busco para otro cruce.

Bebé arrancó la moto y se fue.

Me quedé muy contento porque ahora tenía con qué pagar el taxi de ida y vuelta hasta el hospital, más algún medicamento extra que el seguro médico no cubriera. Podía hacerme cargo de mi mamá.

Por esos días fui a estudiar a la casa de Silvio, un compañero del colegio. Teníamos que hacer un trabajo en grupo y decidimos asociarnos. Ninguno de los dos era bueno para exponer en público, pero nos llevábamos bien y tampoco pertenecíamos al grupo de los vagos del salón. Éramos estudiantes promedio, ni brutos ni sobresalientes.

Recuerdo bien esa tarde porque él me preguntó mientras nos preparábamos una limonada en la cocina:

—¿Es verdad que eres amigo de Bebé?

—Nos saludamos.

—En el colegio dicen que haces trabajos para él.

—Es buena onda conmigo.

—Ten cuidado, lo tienen en la mira.

—¿Cómo sabes?

—Lo sé.

Cuando ya estábamos estudiando para la exposición, en un momento dado sentí ganas de orinar y le pregunté a mi amigo dónde quedaba el baño.

—Por el corredor a la izquierda —dijo él señalando hacia el fondo.

Me dirigí hacia donde él me había indicado, pero me equivoqué de puerta y abrí otra que conducía a una habitación muy rara que tenía afiches de combatientes con rasgos orientales,

escenas de películas de samuráis y campeones famosos de artes marciales chinos o japoneses, no estaba seguro. Toda la habitación estaba cubierta de esos carteles y de varios muñecos similares que estaban recostados en el escritorio y en las mesas de noche. Reconocí a algunos de los personajes de *Dragon Ball* y de los *Power Rangers*. Pero lo que más me llamó la atención fue una espada que estaba colgada en la pared. Brillaba en medio de la penumbra.

Sentí unos pasos detrás de mí. Era mi amigo.

—Lo siento, me equivoqué de puerta —dije disculpándome.

—Fresco, no importa.

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros. Entonces él dijo con una voz triste:

—Es el cuarto de mi hermano mayor.

—¿Y qué es todo eso? —pregunté yo sorprendido.

—Él es un *sayayín*, un guerrero urbano.